

1. El uso del agua entre los benahoaritas

Felipe Jorge Pais Pais

Doctor en Arqueología por la Universidad de La Laguna

La Palma, también denominada la “Isla Verde”, da la impresión de que es muy rica en aguas superficiales que permiten el crecimiento de frondosos bosques de laurisilva y pinares. Sin embargo, tal abundancia es bastante engañosa, puesto que esa consideración solo es cierta para zonas muy concretas del norte y noreste debido a la acción directa de los alisios. La riqueza en este importante recurso natural se debe, fundamentalmente, a las perforaciones de las galerías de agua, cuyos inicios no se remontan más allá de 60-70 años. Antes de esas fechas, el aprovisionamiento de agua era un verdadero problema para la inmensa mayoría de los palmeros. Esa carestía sería, aún, mucho más acuciante durante la época aborígen, cuando el único suministrador fiable del líquido elemento no era otro que la lluvia caída del cielo. Evidentemente, su abundancia o escasez dependía, en última instancia de infinidad de factores: 1) Las condicionales climáticas imperantes cada año; 2) El lugar donde estaban los asentamientos, tanto permanentes como estacionales y 3) la época del año en que nos encontremos.

Introducción

No obstante, debemos tener presente que en las Canarias Occidentales, así como Gran Canaria, la actual escasez de agua y precariedad de los bosques se debe, esencialmente, a las talas y “rosas” realizadas en la época histórica lo cual, a su vez, provoca un incremento de la sequedad al

disminuir el grosor de la capa freática, con lo cual el caudal de muchas fuentes, antaño permanentes o estacionales, se ha resentido notablemente. Esta situación, en la actualidad, se está produciendo en la “Isla Bonita” debido, fundamentalmente, a la sobreexplotación del acuífero, de tal forma que fuentes muy ricas en agua, que no se secaban completamente durante las sequías más fuertes, ahora mismo apenas si conservan rastros de su pasado esplendor, y no solo en la parte sur de la isla, más árida, sino también en las zonas de costa y medianías del norte y noreste insular.

Esta escasez de aguas, aunque nos parezca extraña, ya era planteada por los documentos etnohistóricos, desde los más antiguos, a los más recientes (Leonardo Torriani, Tomás Arias Marín de Cubas, etc.). Tal es así que J. Abreu Galindo señalaba, explícitamente, que “*Esta isla de La Palma es falta de aguas...*” (1977: 263). No obstante, debemos tener en cuenta que estas referencias bibliográficas son bastante contradictorias y deben ser tomadas con mucha cautela. Así, también hablan de la existencia de tres corrientes de agua permanentes hasta, al menos, 1764 (Glass; 1982: 94-95), que eran el Barranco de Las Angustias, desagüe natural de la Caldera de Taburiente; el Barranco del Río, en la vertiente oriental y el Barranco del Agua en la comarca noreste. Por otro lado, la mayor parte de los barrancos de La Palma “corrían” abundantemente tras las fuertes lluvias otoñales e invernales, y esto era así hasta mediados de la década de los 70 del siglo XX. Desgraciadamente, estas escorrentías, de enorme virulencia y corta duración, apenas si se podían aprovechar, puesto que todas iban a parar directamente al mar. Estos episodios prácticamente han desaparecido debido a las cada vez menos frecuentes lluvias torrenciales, el abandono del campo y la suciedad de los cauces, excepto el Barranco de Las Angustias, donde el agua sigue corriendo libremente la mayor parte de los años (Fig. 1).

Por tanto, la abundancia o escasez de agua, va a ser determinante para explicar el hábitat y los asentamientos benahoaritas por toda la isla, tanto en la zona más rica en este recurso (norte, noreste y este), como en el resto, donde la abundancia de recursos hídricos es mucho más escasa o inexistente. Los aborígenes palmeros recurrían a una serie de métodos para procurarse esta sustancia en momentos de abundancia y, sobre todo, durante las sequías. Algunos de ellos se han conservado, prácticamente, hasta nuestros días. Conforme se aproximaba el verano, y las fuentes se secaban o mermaban, no les quedaba más remedio que recurrir a sistemas de almacenaje y, seguramente, restricciones, más o menos drásticas, hasta que volviese a llover lo cual, por otra parte, absolutamente nadie podía garantizar.

El agua era tan vital para la supervivencia de los grupos humanos que la inmensa mayoría de sus creencias mágico-religiosas, así como los rituales, estaban orientados a conseguir que sus dioses les favoreciesen con

las ansiadas lluvias. De ellas dependía absolutamente toda su vida (asentamientos, actividades cotidianas o eventuales, guerras y escaramuzas, alianzas entre clanes o cantones, práctica del infanticidio, mortalidad catastrófica, robos de ganado o de alimentos de origen marino, la preeminencia de determinados grupos sociales, etc.). El ritmo de su vida dependía, en última instancia, de la abundancia o escasez de agua, lo cual se traducían en alimentos o en hambrunas apocalípticas.



Fig. 1. Escorrentía en el Barranco de Las Angustias el 11 de diciembre de 2013.

Los asentamientos benahoritas y el agua

La estrecha vinculación entre los asentamientos permanentes en costas y medianías, así como en los campos de pastoreo de alta montaña, ha sido estudiada de forma exhaustiva y sistemática en otras publicaciones, entre las que destaca un trabajo titulado: *Los benahoritas y el agua: una cuestión de supervivencia* (Pais Pais, 2006: 63-76). Por todo ello, en este capítulo solo haremos un breve resumen sobre algunas de sus connotaciones más importantes y significativas, así como algunos temas novedosos que han surgido al calor de las últimas investigaciones arqueológicas.

Sin agua, la vida es prácticamente imposible. Una provisión segura y constante del líquido elemento fue, sin ningún género de dudas, uno de los principales parámetros que valoraron los benahoritas para escoger su hábitat. Cuanto más abundante y más próximo estaba el afloramiento de

agua, más apetecible se hacía ese lugar. La regulación de su uso y su acceso estaría férreamente regulada y controlada por las clases sociales más poderosas e influyentes, quienes tendrían algún tipo de privilegios que estarían vedados al resto de la comunidad. La conflictividad entre los diferentes grupos humanos se iría incrementando, y haciendo más patente, conforme mermaba el caudal de las fuentes, hasta llegar a la abierta hostilidad en años de sequías brutales o prolongadas.

La constitución geológica de Benahoare es muy diferente entre la mitad norte, Paleopalma, y la meridional, Neopalma. Esta circunstancia va a ser determinante a la hora de explicar la ausencia o presencia de goteos, rezumes, escorrentías o fuentes. Así, los cantones de Tagalguen, Tagaragre, Adeyahamen, Tenagua y la parte septentrional de Tedote eran ricos en afloramientos de agua. En esta zona, además, es donde se sitúan los manantiales más importantes de la isla, como El Río (Santa Cruz de La Palma), Marcos y Cordero (San Andrés y Sauces) (Fig. 2) y Roque de Los Árboles (Gallegos. Barlovento), que daban lugar a dos de los “ríos” permanentes: Barranco del Río y Barranco del Agua.



Fig. 2. Manantial de Marcos y Cordero (San Andrés y Sauces).

En el resto de los cantones independientes (Tigalate, Ahenguareme, Guehebey, Tihuya y Aridane) el aprovisionamiento de agua constituía un verdadero problema, incluso en pleno invierno. Los benahoritas que vivían en estos parajes debían agudizar el ingenio para que no les faltase este elemento vital, si bien serían conscientes de estas penurias y, con toda probabilidad, estaban mucho mejor preparados para soportar esta escasez, que los aborígenes que medraban en las zonas más agraciadas con este recurso. Sus estrategias de aprovechamiento y reserva, debieron ser, necesariamente, muy diferenciadas. El agua, sin ningún género de dudas, sería uno de sus bienes más preciados que, bajo ningún concepto, podían desperdiciar o sobreexplotar, puesto que ello significaría la muerte de personas y animales o el abandono del territorio hasta que la situación volviese a normalizarse.

Por el contrario, en Aceró (Caldera de Taburiente), el agua era uno de sus principales y más abundantes recursos naturales, tanto en manantiales (Bombas de Agua, Risco Liso, Hoyo Verde, Barranco de Los Guanches, Altaguna, Aridane, etc.), como en las innumerables fuentes “colgadas” que siembran los precipicios de La Caldera. Todas ellas eran accesibles a través de “pasadas” y veredas que llevan directamente o discurren junto a los lugares de alumbramiento. Incluso, junto a las más importantes, se establecían en asentamientos, siquiera estacionales, centradas en torno a cavidades naturales o pequeñas explanadas en las que no solo nos han dejado rastros de su uso ganadero, sino también manifestaciones de sus creencias mágico-religiosas en forma de estaciones de grabados rupestres, conjuntos de canalillos y cazoletas o amontonamientos de piedras. Entre los yacimientos más sobresalientes de estas características debemos destacar los del Paso de Los Olivos, Lomo de Lajuraga, Altaguna, El Escuchadero y, sobre todo, Tajodeque (Fig. 3). La presencia constante de agua y la abundancia de pastizales a lo largo de todo el año es la responsable de que este cantón sea el único que no se extiende desde la costa a la cumbre, ocupando el centro, el corazón, de Benahoare.

Un análisis detallado entre fuentes y principales asentamientos benahoritas nos deja una estrecha y sistemática vinculación entre ambos elementos, si bien es preciso realizar una serie de precisiones a esta norma, puesto que la orografía y la geología insulares van a jugar un papel determinante en este comportamiento. Los puntos de agua más importantes y estables se sitúan, generalmente, en medianías-altas que, en buena parte de la mitad septentrional de la isla, hacían complicado y difícil la ocupación permanente de esos parajes debido a la intensa humedad o el frío reinantes durante la mayor parte del año. Obviamente, en los tramos medios e inferiores de barrancos y barranqueras que contasen con fuentes las cavidades de las inmediaciones, por precarias condiciones de habitabilidad que tuviesen, fueron ocupadas de forma sistemática y permanente, si bien

no se observa una especial concentración que permita diferenciarlas del resto de los asentamientos.



Fig. 3. Fuente de Tajodeque en los precipicios de la Caldera de Taburiente.

Así, por ejemplo, en el cantón de Ahenguareme (actual Fuencaliente) las fuentes más importantes son las del Tión, Los Roques y Uquén, que están situadas por encima de los 1000 metros de altitud y que, además, cuando llega el verano merman o se secan completamente, especialmente si el invierno ha sido seco. Pues bien, en torno a ellas no se han descubierto asentamientos permanentes de gran tamaño que, por otro lado, si abundan mucho más cerca de la costa, de tal forma que para aprovechar este recurso era preciso realizar grandes caminatas hasta estos afloramientos. En el estado actual de la investigación, no sabemos si el agua de la Fuente Santa era apta para el consumo humano (Fig. 4). Seguramente lo era, tal y como sucede con la del Pozo de La Salud en el Charco Verde (Los Llanos de

Aridane). Desgraciadamente, las lavas históricas del Volcán de San Antonio, que sepultaron la propia fuente, cubrieron los posibles asentamientos benahoaritas que existían en sus inmediaciones, de tal forma que es imposible conocer la densidad del mismo. Ello quiere decir que los benahoaritas que vivían en estos parajes tenían otras formas de aprovisionamiento del líquido elemento que eran mucho más cómodas y seguras, eso sí mediante un control y racionamiento exhaustivos que garantizase el suministro a lo largo de todo el año.



Fig. 4. Afloramiento de agua junto a la Fuente Santa (Playa de Echentive. Fuencaliente).

Esta misma disparidad la localizamos en el cantón de Tigalate (actual Villa de Mazo) puesto que en la zona costera nos encontramos con dos únicas fuentes: La Calera, en medio del acantilado de los Roques de Níares, y la de La Goteras, en la cara oriental de la montaña homónima. Mientras que en el primer caso los asentamientos son dispersos y se encuentran en los lomos que están encima del afloramiento, así como en las cavidades que se abren en las barranqueras aledañas. Por el contrario, las inmediaciones de la Fuente de Las Goteras (Fig. 5) estuvieron habitadas por un auténtico hervidero de benahoaritas que se establecieron en enormes poblados de cabañas (Montaña de La Arena, llanadas de la Montaña de Las Tabaibas, etc.), así como en cuevas (desembocadura del Barranco de San Simón, acantilados de la Playa de La Cangrejera, etc.). A todo ello hemos de añadir

la presencia de la gran necrópolis de cremación de La Cucaracha en la Montaña de Las Tabaibas; conjuntos de canalillos y cazoletas, junto al propio afloramiento de agua y en las laderas aledañas; preciosos conjuntos de piletas marinas y hasta estaciones de grabados rupestres como la de Los Pasitos. Y todo ello a pesar de que el caudal de esta fuente no podía aplacar la sed de toda la gente que vivía en los alrededores, teniendo en cuenta, además, que su caudal en verano quedaba reducido a una mínima expresión y, las más de las veces, se secaba completamente (Pais Pais, 1997).



Fig. 5. Fuente de Las Goteras (Villa de Mazo).

En la zona más húmeda de Benahoare (cantones de Tedote, Tenagua, Adeyahamen, Tagaragre y Tagalguen) los afloramientos de agua son relativamente abundantes y permanentes a lo largo de todo el año, de tal forma que el abastecimiento de agua estaba más o menos garantizado de una u otra forma (rezumes y goteos estacionales, fuentes, charcos, manantiales, “ríos”, etc.). Ello quiere decir que en torno a estos puntos de agua se establecieron los benahoaritas en las cavidades que se abrían en las laderas de los barrancos. Los puntos de agua estaban tan próximos entre sí que apenas se constatan grandes aglomeraciones de aborígenes, más que las que permitía la orografía y geología de la zona. Sin embargo nos encontramos con algunos asentamientos como, por ejemplo, Buracas (Las Tricias, Garafía) (Fig. 6) en cuyas inmediaciones se emplazaron enormes poblados de cuevas y de cabañas, así como yacimientos funerarios,

estaciones de grabados rupestres de motivos geométricos ejecutados con la técnica del picado y conjuntos de canalillos y cazoletas junto a los diferentes afloramientos de agua. Esta misma densidad y tipología nos la encontramos en torno a las fuentes de Cueva de Agua o Barranquito de Silva, todas ellas en el cantón de Tagalguen (actual Villa de Garafía). De cualquier forma, estos lugares debían tener algo especial, puesto que existen otras muchas fuentes de similares características en Franceses, El Palmar, etc., en las que no se da la misma concentración de yacimientos.



Fig. 6. Poblado de cuevas junto a la Fuente de Buracas (Las Tricias, Garafía).

En este mismo bando de Tagalguen existe una estrecha vinculación entre fuentes permanentes y estaciones de grabados rupestres en lo que hemos denominado como espacios sagrados de la naturaleza (Pais Pais & Tejera Gaspar, 2010: 85-92). Estos yacimientos están enclavados en medio de los bosques de laurisilva por lo que el agua es omnipresente a lo largo de todo el año. Su elevada altitud, la frondosidad del bosque y la intensa humedad reinante los convierten en parajes poco aptos para el asentamiento humano, de tal forma que se utilizarían como una especie de santuarios en los que los benahoritas realizaban sus ritos relacionados, con toda probabilidad, con la petición de lluvias. Los conjuntos más interesantes son los de La Zarza (Fig. 7), La Zarcita, Fuente del Sauce, Caldera de Agua, Fuente del Colmenero, etc.

En los campos de pastoreo de alta montaña, situados en los bordes de la Caldera de Taburiente, si existe una estrechísima vinculación entre los

asentamientos pastoriles, así como los yacimientos de tipo mágico-religioso, y las fuentes. A estos parajes acudían los benahoaritas durante la época estival, durante un tiempo variable que dependía, en última instancia, de las condiciones meteorológicas imperantes cada año. Regresaban a sus lugares de habitación permanente, en medianías y costa, en cuanto volvía a llover o el frío se hacía insoportable. Los pastores se establecían en las inmediaciones de los puntos de aguas más generosos ocupando pequeñas cavidades naturales y, sobre todo, en abrigos y cabañas que cada año era preciso reparar. Estos lugares eran los sitios más preciados, puesto que los animales necesitaban beber cada tres días, como mínimo, y su proximidad o lejanía incrementaba o acortaba los desplazamientos. Junto a estas fuentes o en las inmediaciones de las mismas se suelen encontrar estaciones de grabados rupestres. Los campamentos pastoriles más importantes se ubicaban en torno a Siete Fuentes, Ríos Altos, La Tamagantera y Fuente Nueva, todas ellas en Garafía; la Fuente Locandía (Barlovento); la Fuente del Topo de Juan Diego (San Andrés y Sauces), etc. (Pais Pais, 2006: 72-76).



Fig. 7. Grabados de La Zarza (Garafía) empapados por la lluvia.

En los precipicios interiores de la Caldera de Taburiente abundan las “fuentes colgadas” que ofrecen su agua a los benahoaritas que utilizaban las “pasadas” que comunicaban el borde y el interior del cantón de Aceró. A lo largo de esos estrechos y peligrosos senderos nos encontramos con huellas

claras de la presencia benahoarita en forma de piezas arqueológicas superficiales (fragmentos de cerámica y piezas líticas), abrigos pastoriles, goros, encerraderos de ganado y pequeñas estaciones de grabados rupestres. Sin duda, el conjunto arqueológico más importante de estas características se sitúa en los alrededores de la Fuente de Tajodeque, cuyo centro neurálgico lo constituye una cueva semi excavada (Fig. 8), con las únicas inscripciones alfabéticas de Benahoare, grupos de cazoletas y cúpulas, un campamento pastoril, varias estaciones de grabados rupestres de tipo geométrico ejecutados con la técnica del picado y un amontonamiento de piedras. (Pais Pais & Tejera Gaspar, 2010: 152-157).



Fig. 8. Cueva de Tajodeque (Caldera de Taburiente, El Paso).

Aprovisionamiento de agua

Una de las necesidades más perentorias, e inexcusables, que debían resolver los benahoaritas era contar con recursos hídricos suficientes para garantizar su supervivencia. Este problema se soslayaba, relativamente fácil, en la estación de las lluvias (otoño e invierno) debido a la presencia de corrientes de agua permanentes, fuentes y manantiales, “minaderos” y goteos estacionales, charcos, etc. En primavera y, sobre todo en verano, la situación se complicaba cada vez más, llegando a ser un auténtico tormento, especialmente en años secos. Aunque no tenemos constancia escrita,

estamos convencidos de que la posesión y el consumo del agua generaría no pocos conflictos y enfrentamientos entre los aborígenes, hasta el punto de ser necesario algún tipo de vigilancia y control para impedir que se secasen completamente. Al igual que sucedía en la época histórica, procurarían dejar algún tipo de reserva, para momentos desesperados, porque no se sabía si el próximo invierno las fuentes volverían a “reventar”.

En invierno el agua no faltaba porque se conseguía fácilmente de las corrientes de agua permanentes (Barranco de Las Angustias, Barranco del Río y Barranco del Agua), así como de otros muchos barrancos y barranqueras, especialmente en la mitad norte, que contaban con un buen caudal durante la mayor parte del año como, por ejemplo, los barrancos de Franceses, Fagundo, Los Hombres (Garafía), Gallegos (Barlovento), El Riachuelo (El Paso), etc. Además, hasta hace tiempos relativamente recientes, algunas fuentes daban tanta agua que se derramaba y corría por las barranqueras, tal y como lo hemos visto personalmente en La Zarza, La Yedra, El Rito, El Sauce, Buracas, Caldera de Agua (Garafía); La Faya, Los Guanches (Fig. 9), Tamarahoya (El Paso); La Furna (San Andrés y Sauces); San Amaro (Puntagorda), etc.



Fig. 9. Barranco de Los Guanches (Caldera de Taburiente).

Y si esto es así, con el hándicap que supone la sobreexplotación del acuífero, su caudal aún sería mucho mayor durante la etapa prehistórica. Por otro lado, en barranqueras situadas en el noroeste de la isla (municipios

de Tijarafe, Puntagorda y Garaffa), aunque también se pueden ver en El Paso, se realizaban tranques de piedra seca que tenían la misión de retener el agua en pozas y charcas o desviarla hacia los cercados aledaños durante las escorrentías invernales (Pais Pais, Pellitero Lorenzo & Abreu Díaz, 2007: 12-15).

En La Palma existen numerosas fuentes más o menos permanentes, si bien aquellas que no se secan nunca no son tan abundantes como se piensa (Fig. 10). Generalmente, están circunscritas a la zona norte y noreste de la isla, en la zona de influencia del alisio cubierta por frondosos bosques de laurisilva. Pero estas mismas condiciones geográficas y naturales hacen muy complicados los asentamientos humanos en estos parajes, de tal forma que sería necesario acarrear el agua hasta los lugares de habitación permanente. Por tanto, en las zonas de costa y medianías, este tipo de fuentes soportaban un aprovechamiento intensivo que, con toda probabilidad, no sería suficiente para sostener a la población que dependía de ellas. Algunas de ellas ya las hemos citado, como la Fuente de Las Goteras y La Calera (Villa de Mazo) y Buracas (Villa de Mazo). Son relativamente abundantes en todos los barrancos y barranqueras de los cantones de Tagalguen, Tagaragre y Adeyahamen. Este tipo de fuentes suelen estar asociadas a grabados rupestres, así como canalillos y cazoletas, cuya adscripción aborigen o histórica es bastante complicada. Por otro lado, cuando su caudal es lo suficientemente abundante se han construido depósitos en los que se almacenan los sobrantes.



Fig. 10. Fuente de Los Viejos (Tinizara. Tijarafe).

Tras las lluvias invernales son frecuentes los charcos y pozas en el cauce de barrancos y barranquera, así como en la parte superior de los lomos. Los lugares ideales para este tipo de embolsamientos de agua se encuentran junto a los cabocos que suelen interrumpir el cauce de las vías fluviales. Estas acumulaciones de agua, dependiendo de su tamaño y de su exposición o no a los rayos solares, pueden conservarse durante mucho tiempo, lo cual los convierte en una reserva ideal para las épocas más críticas del año. En cualquier caso, solo bastaba con protegerlos de los animales y la evaporación mediante entramados vegetales. Sin duda, una evolución histórica de este tipo de aprovechamientos lo encontramos que un tipo de fuentes que son exclusivas de Puntagorda (Fuente Nueva, Las Piñas, etc.) y Garafía (El Rito, El Colmenero, etc.). En realidad, se trata de charcas que se forman en el cauce de los barrancos (Fig. 11), aprovechando la existencia de una capa de almagra impermeable que se techa con una construcción de piedra seca, cuya techumbre es de troncos de tea y lajas. En ocasiones, a estas pozas se hacían una serie de transformaciones que consistían en el levantamiento de pequeños muretes de piedra recubiertos de barro o cal y arena para incrementar su capacidad de almacenamiento. En la toponimia palmera se conservan infinidad de lugares en los que se conservaba el agua de forma estacional: El Charco (Fuencaliente), el Salto de La Gota (los Llanos de Aridane), los Charcos de Araco (Villa de Mazo), Charco de Los Covachos (Tijarafe), Charco que Mana (Puntagorda), La Barca y La Barquita (Garafía), etc.



Fig. 11. Charco de agua en Pintados (Puntagorda).

En invierno, incluso en las zonas más áridas de Benahoare, “revientan” infinidad de fuentes estacionales en los sitios más insospechados, tanto en las laderas de los barrancos, como en la parte superior de los lomos, tras la caída de las primeras lluvias otoñales (Fig. 12). Generalmente, recogen la escorrentía de laderas que se almacena en pequeños huecos con capas impermeables de almagre. Para evitar que se la beban los animales y que se evapore con el sol, se cubren con piedras planas y lajas a modo de falsa bóveda. Su presencia solo es conocida por los habitantes de la zona, puesto que pasan completamente desapercibidas para quienes no frecuenten esos parajes. Servían fundamentalmente, para saciar la sed en momentos muy puntuales. Su agua, a pesar de su aspecto grisáceo y terroso, es perfectamente potable. A ello hemos de añadir numerosos goteos y rezumes de agua en el interior de las cuevas y tubos volcánicos. Su caudal es muy pobre y apenas si duran días o, como mucho, un par de meses. Esta agua se podía recoger en dornajos de tea o mediante la colocación de vasijas. Esta es la razón que parece explicar el hallazgo de sendos cuencos junto a la Montaña de Las Esperillas (El Paso) y en el Barranco de Fernando Porto (Garafía). Los benahoaritas se limitaban a esperar, pacientemente, a que las vasijas se llenasen del líquido elemento.



Fig. 12. Fuente estacional de La Tosca (Puntagorda).

Los benahoaritas debían ser previsores para guardar y almacenar agua para las épocas más secas. Y, sin ningún género de dudas, uno de los

métodos más efectivos sería la construcción de tanques de madera de tea (Fig. 13): “Y, puesto que haya otras aguas de fuentes, son tan pocas que, por no poderse los vecinos del campo sustentar con ellas, la necesidad les hizo inventar tanques de madera de tea, los cuales calafeteaban y breaban; y al tiempo del invierno recogen en ellos de los tejados o de las quebradas y vallados el agua que han menester para el servicio de sus casas...” (Abreu Galindo, 1977: 263). Este sistema, seguramente utilizado en toda la isla, fue especialmente importante en las zonas más áridas y con escasez de fuentes, como Fuencaliente, Villa de Mazo, Tijarafe y Puntagorda. Su empleo es recogido por numerosos científicos y eruditos que han visitado La Palma en los últimos 500 años. Así lo recoge, por ejemplo, el paleontólogo francés René Verneau en la zona de Belmaco a finales del siglo XIX (1981: 260). En Puntagorda se usaron hasta mediados del siglo XX, según referencias orales proporcionadas por D. Florencio Pérez López (vecino del Camino de Matos, Puntagorda) (Pais Pais & Pellitero Lorenzo, 2004: 13). Hemos tenido la oportunidad de visitar los restos de uno de estos tanques de tea junto a la margen derecha del Barranco del Roque (Puntagorda). En la toponimia palmera se conservan aún numerosos lugares que hacen referencia a la presencia de este tipo de receptáculos para almacenar agua: Lomo del Tanque (La Punta, Tijarafe), Lomo de Los Tanques (Las Tricias, Garafía), Llano del Tanque (Las Caletas, Fuencaliente), etc. (Pais Pais, Pellitero Lorenzo & Abreu Díaz; 2007: 15-18).

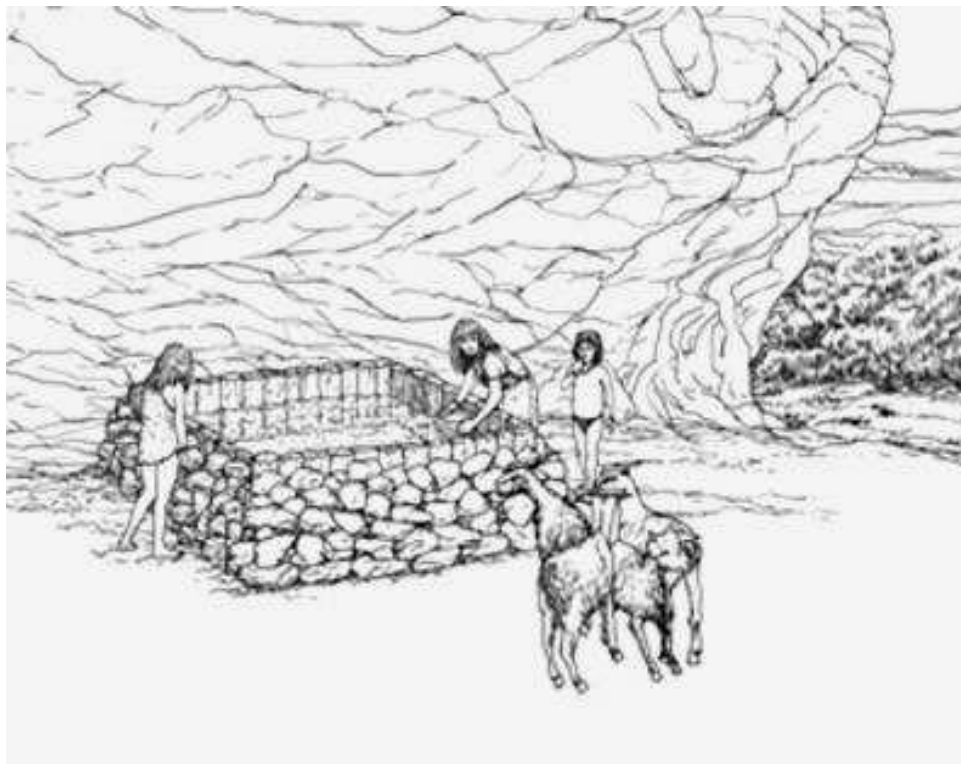


Fig. 13. Aborígenes recogiendo agua de un tanque de tea (Museo Arqueológico Benahoarita).

Con toda probabilidad, el uso de los eres sería asiduamente explotado por los benahoritas, especialmente por los que vivían en las zonas más áridas de la mitad sur de La Palma. Su existencia está atestiguada por las fuentes etnohistóricas hasta, cuando menos, mediados del siglo XX. Tuvieron una especial importancia en zonas del cantón de Tigalate, donde aún ha pervivido la tradición de su uso, como en los barrancos y barranqueras que surcan el caserío de Barranco Hondo (Fernández Castro, 2004: 123). Por nuestra parte, también tenemos constancia de su explotación en parajes de Puntagorda. Su aprovechamiento era vital en los momentos de mayor carestía, fundamentalmente a finales del estío, cuando las demás reservas del líquido elemento estaban prácticamente agostadas. Solo se recurría a ellos en caso de extrema necesidad. Tenían la ventaja de que el agua permanecía oculta bajo capas de arena y grava, que era preciso remover y escarbar para que el líquido elemento comenzase a aflorar. Una vez obtenida la cantidad deseada, se volvía a cubrir, por lo que quedaba a salvo de todo tipo de animales y se evitaba la evaporación. Muchas de las charcas estacionales en el cauce de los barrancos se convertían en eres una vez que los arrastres de las escorrentías los cubrían. Su ubicación se transmitía oralmente y eran localizados por mucho que hubiese cambiado el cauce tras riadas importantes.

En los lugares de habitación permanente, tanto en cuevas como en cabañas, existirían cantidades de agua almacenadas para garantizar las necesidades cotidianas. Los objetos que se podían emplear en estos menesteres serían muy variables y, muchos de ellos, han pervivido hasta la actualidad. Sin duda, entre los más usados podemos destacar los dornajos de piedra o madera que, especialmente, estos últimos han sido de gran utilidad en numerosas fuentes al aire libre o en el interior de cavidades. Por otro lado, no debemos olvidar que muchas vasijas de barro, especialmente, las de mayor tamaño, como los anforoides (Fig. 14), pudieron ser usados, básicamente, como contenedores de agua. Finalmente, el uso de pieles de cabra y oveja ha estado muy extendido en el mundo rural para almacenar y trasladar líquidos. Los denominados odres o folas, hechos con las pieles de animales adultos, serían empleados para guardar el agua, entre otros menesteres.

Las consecuencias de la ausencia total o escasez extrema de agua en la etapa prehistórica serían realmente catastróficas, casi inimaginables. No obstante, pudieron ocurrir perfectamente, tal y como ha sucedido en numerosas ocasiones en los últimos 500 años. Esta situación obligaría a tomar decisiones drásticas que afectarían a toda la comunidad y que irían desde el sacrificio de animales domésticos, el racionamiento del agua, los robos de ganado a los que, por otra parte, eran muy aficionados los benahoritas, la militarización de determinados grupos humanos para garantizar o impedir el acceso a las fuentes, etc. Pero, sin ningún género de

dudas, la medida más extrema y que, con toda probabilidad, nadie querría, sería la práctica del infanticidio, tal y como aparece recogida en las fuentes etnohistóricas: *“sus hombres y mujeres son de gran corpulencia, y son rústicos, salvajes, y fieros, y tienen entre ellos tan sólo el número de los que pueden sustentar en toda la isla, y no consienten que sus propios hijos sobrepasen ese número. Y si nacen más hijos de los que corresponden a su número, entonces el padre y la madre cogen al hijo y le ponen la cabeza encima de una piedra, y cogen otra piedra y le dan en la cabeza al niño y le rompen la cabeza; y así los matan, desparramándole los ojos y el cerebro por el suelo, lo que es gran crueldad de los padres”* (Gomes de Sintra, 2002).



Fig. 14. Anforoide de la Playa del Pocito (Villa de Mazo) usado para almacenar agua.

El agua y los ritos mágico-religiosos

El agua era tan vital para la supervivencia de los benahoritas que la mayor parte de sus creencias mágico religiosas estaban directamente relacionadas con ritos propiciatorios de lluvias que se llevaban a cabo en las estaciones de grabados rupestres, los conjuntos de canalillos y cazoletas, así como en torno a los amontonamientos de piedras.

Los grabados rupestres benahoritas de motivos geométricos ejecutados con la técnica del picado son una de las “joyas” de la arqueología insular puesto que, prácticamente, solo se encuentran en esta

isla. En la actualidad se conocen más de 450 estaciones que aparecen dispersas por toda la orografía insular, desde la orilla del mar a las cumbres más elevadas. Se han planteado infinidad de hipótesis sobre su posible significado, si bien una de las más aceptadas entre los investigadores es la que relaciona algunos de sus motivos directamente con el agua. Así lo planteábamos en el “Primer Simposio de Manifestaciones Rupestres del Archipiélago Canario y el Norte de África”, celebrado en Santa Brígida (Gran Canaria): *“El valor de estas representaciones parece que no es otro que el de reproducir mediante símbolos alguno de los atributos que individualizan a aquello que se quiere representar. Así la única manera de reproducir el agua es a través de la combinación de líneas curvas y no mediante la figuración del elemento que la contiene. Este podría ser el caso de motivos como las espirales -relacionable tanto con cultos lunares como con el agua-, los círculos meandros y serpentiformes... Los círculos radiados los consideraríamos signos solares, las herraduras encajadas o las cazoletas símbolos de fecundidad. Pero así y todo, el significado último viene a ser el mismo, pues agua, sol o fecundidad son sinónimos de vida”* (Martín Rodríguez & Pais Pais, 1996: 337).

En la gran mayoría de las fuentes se realizaron petroglifos, que aparecen en el propio afloramiento, en los senderos que llevan hasta ellos o en su entorno más inmediato, junto a los que se llevaban a cabo ritos propiciatorios de lluvia y cultos al agua. Eran una especie de santuarios de carácter insular, comarcal, familiar o personal en los cuales se pedía a los dioses que les agraciasen con las ansiadas precipitaciones.

Y esto es así porque el agua era el único elemento realmente vital con que contaban los benahoaritas. El agua lo era absolutamente todo, puesto que de su abundancia o escasez dependía la supervivencia de toda su comunidad. El agua era vida, pastos, leche, nacimientos de personas y animales, fertilidad y fecundidad, alegría, futuro... Esta máxima era igual en toda Benahoare, no sólo en las zonas más áridas del sur, sino también en los fértiles y verdes paisajes del norte. Y, con toda probabilidad, las gentes de Tihuya, Guehebey, Ahenguareme y Tigalate estaban mejor preparados para hacer frente a épocas de sequía que los moradores del resto de la isla, ya que en las primeras demarcaciones territoriales las penurias y la escasez eran crónicas, incluso en los años buenos y, sobre todo, cuando llegaba el verano.

En las fuentes más importantes de la isla, aquellas que no se secan nunca, ni durante las peores sequías, se sitúan algunas de las estaciones de grabados rupestres más grandes, espectaculares y emblemáticas de la isla, destacando los casos de La Zarza, Caldera de Agua, Fuente del Sauce (Fig. 15), Buracas, Cueva de Agua, Fuente del Riachuelo, Fuente de Calafute (Garafía), Fuente de Tamarahoya (Pico Bejenao, El Paso), El Dornajito (Santa Cruz de La Palma), Fuente Locandia (Barlovento), etc.



Fig. 15. Círculos concéntricos junto a la Fuente del Sauce (El Tablado, Garafía).

En la Fuente del Colmenero (Catela, Garafía) nos encontramos con uno de los yacimientos en que aparece más clara la imbricación entre el agua, las espirales y los meandriformes (Fig. 16). El afloramiento se produce al pie de los riscos que forman un amplio caboco y en la que los petroglifos se encuentran en los paredones verticales de los mismos y en algunos bloques desprendidos, todo ello en un radio que no supera los 10 metros. Además, el panel más grande se encuentra justo encima de la fuente, apreciándose claramente el motivo principal desde mucho antes de llegar al lugar. Por otro lado, el motivo está formado por una espiral que se prolonga en meandriforme: “...*En el caso de las asociaciones entre espirales y meandros podríamos entrever en la espiral la figuración del agua como elemento vital, mientras que el meandro simboliza el flujo de la misma por su cauce.*” (Martín Rodríguez & Pais Pais, 1996: 337).

También nos parece evidente la asociación de una serie de estaciones de grabados rupestres que están en los cabocos, en el cauce o en la parte baja de las laderas de los barrancos. En los primeros suelen aparecer fuentes permanente o estacionales, goteos y rezumes de agua. En el cauce de los barrancos es muy habitual la existencia de eres en las pozas de basalto que luego son cubiertos con la grava y la arena, con lo que solo basta con hacer un pequeño hoyo para que el agua comience a aflorar. Esta reserva del líquido elemento sería muy importante en las partes más áridas del sur y en



Fig. 16. Espiral prolongada en meandriforme junto a la Fuente del Colmenero (Catela, Garafía).

la época estival. Los ejemplos son muy numerosos y están dispersos por toda la isla: El Verde (Barranco de Tenisca, El Paso) (Fig. 17), Tigelate Hondo, Cueva de Lucía y Belmaco (Villa de Mazo), Cueva de La Senona-La Campana (Barranco de Tenisca, El Paso), Barranco de La Cueva Grande (Matanza Baja, Tijarafe), Cueva del Sauce, El Corchete, Barranquera de La Castellana, (Garafía), Las Lajes (Barranco de San Amaro, Puntagorda), La Corujera (Barranco de San Juan, San Andrés y Sauces), etc.

Los amontonamientos de piedras se localizan, esencialmente, en las cumbres más elevadas de la isla que contornean la Caldera de Taburiente, con una especial concentración en el cantón de Tagalguen (actual Garafía) (Fig. 18). Su sistema constructivo es variable, puesto que unas se levantaban mediante la delimitación de su perímetro con lajas hincadas, mientras que las otras consistían en un simple muro de piedra seca. En

ambos casos el aparejo se hacía con rocas menos voluminosas que, a veces, no son más que mero cascajo, y lajas.

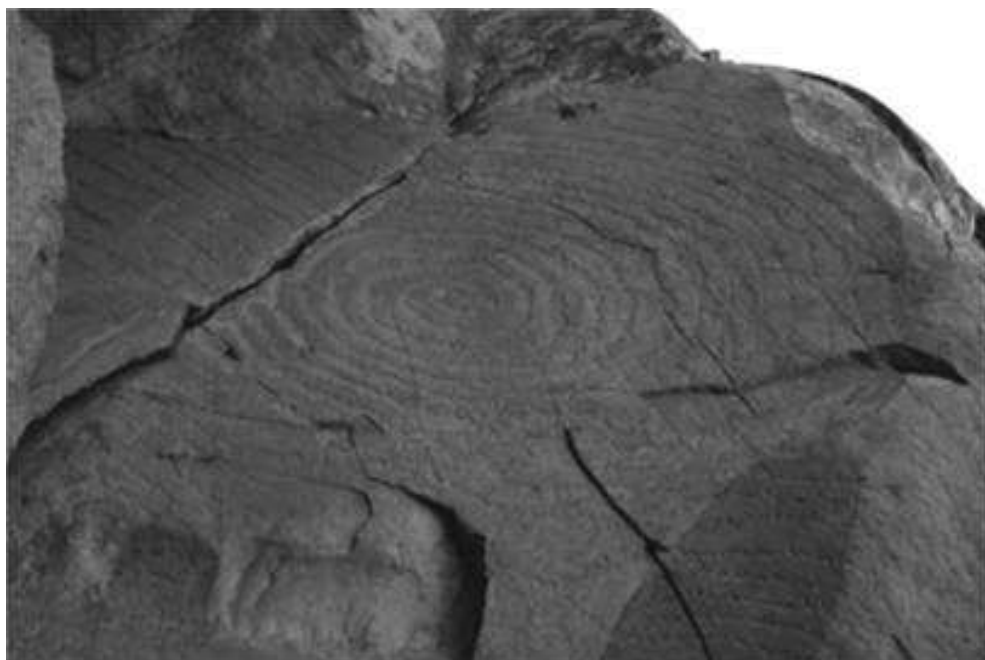


Fig. 17. Espiral y meandriformes en El Verde (Barranco Tenisca, El Paso).

Aunque no todos los amontonamientos de piedra tienen petroglifos, los primeros datos apuntan a que son más frecuentes en las construcciones delimitadas con lajas hincadas. Los grabados rupestres se hicieron en algunas de esas lajas, tanto por su cara interna como externa, y formando parte del relleno interno. Aunque en los paneles que forman parte del relleno nos encontramos con soportes de todos los tamaños, destacan algunos minúsculos de apenas 10 centímetros de longitud. Este hecho, junto con la presencia de piezas líticas y fragmentos de cerámica parecen estar indicando que nos encontramos ante objetos votivos, entregados como ofrenda, relacionados con ritos de fertilidad o fecundidad. Evidentemente, en estos ritos estaría muy presente el derrame de líquidos (agua, leche o sangre de algún animal sacrificado), máxime si tenemos en cuenta que fertilidad y fecundidad están directamente asociados con el agua y, por ende, las lluvias que ansiaban perentoriamente porque así podrían descender a las zonas de medianías y costa, donde les esperaban el resto de la familia. No obstante, tampoco se pueden descartar, en absoluto, otro tipo de significaciones como culto astral, observaciones arqueoastronómicas, etc.

En nuestra opinión, el significado de los petroglifos que aparecen en estos amontonamientos de piedra o en los conjuntos de canalillos y

cazoletas, sería distinto al de los que aparecen en otros emplazamientos más habituales. No tiene sentido molestarse en realizar estas obras para celebrar los mismos ritos con idénticas motivaciones que se podían llevar a cabo, por ejemplo, en las estaciones de petroglifos que están en las inmediaciones y que se hicieron con un trabajo mucho menos esforzado que en los otros vestigios. Quizás, nos estamos rompiendo la cabeza buscándole un sentido a tanto petroglifo y pudo ocurrir, simplemente, que estaciones de grabados, amontonamientos de piedra y canalillos-cazoletas se levantaron en momentos diferentes del desarrollo de su cultura, aunque con una significación muy parecida en la que, de una forma u otra, estaban muy presentes el agua y la lluvia.



Fig. 18. Espiral en un amontonamiento de piedras del Llano de Las Lajitas (Garafía).

El agua estuvo muy presente, sin ningún género de dudas, en uno de los yacimientos más interesantes de Benahoare, como son los conjuntos de canalillos y cazoletas, que se suelen asociar a los denominados baladeros, cuya toponimia se ha conservado aunque, muchas veces, se ha modificado y confundido con el de bailaderos. En estos lugares no solo se empleaba el agua en los rituales, sino que los mismos estaban enfocados a conseguir que los dioses les enviaran las lluvias: *“Mas cuando los temporales no acudían, y por falta de agua no había yerba para los ganados, juntaban las ovejas en ciertos lugares que para estos estaban dedicados, que llamaban el baladero de las ovejas, e hincando una vara o lanza en el suelo, apartaban*

las crías de las ovejas y hacían estar las madres al derredor de la lanza, dando balidos; y con esta ceremonia entendían los naturales que Dios se aplacaba y oía el balido de las ovejas y les proveía de temporales” (Espinosa, 1980: 34). Aunque esta cita hace referencia a los guanches no tenemos ninguna duda sobre su existencia en la antigua Benahoare. Además, este tipo de rituales también eran habituales entre los antiguos canarios y bimbapes.

Los conjuntos de canalillos y cazoletas cada vez son más abundantes por toda la isla, desde la orilla del mar a los bordes de la Caldera de Taburiente (Fig. 19). Generalmente, el soporte son planchas de granzón compactado, aunque también los encontramos en basalto. Los paneles tienen una inclinación variable y desde ellos se dominan amplias extensiones de terreno. La extensión de los yacimientos es extraordinariamente variada puesto que va desde pequeños paneles de unos pocos centímetros a otros de más de 10 metros de largo y que contienen más de 200 cazoletas como, por ejemplo, en Lomo Muerto (Puntagorda). La disposición de los canales y las cazoletas nos indican que están ejecutados para verter líquidos, que puede ser agua, leche o la sangre de un animal sacrificado. Pero lo que resulta absolutamente evidente es que se trata de lugares en los que se llevaban a cabo ritos propiciatorios de lluvias (Pais Pais & Tejera Gaspar, 2010: 203-208). Así mismo, también es interesante reseñar la asociación entre canalillos-cazoletas y grabados rupestres.



Fig. 19. Cazoletas y grabados rupestres en el Cercado de Domingo (Garafía).

En los últimos años se ha descubierto un tipo de yacimiento, conocido como “piletas”, que había pasado completamente desapercibido para los investigadores. En realidad, se trata de cazoletas que tienen como soporte las plataformas y morros lávicos que se adentran en el mar. En Benahoare ya contamos con más de un centenar de yacimientos, algunos de ellos realmente gigantescos con más de 400 piletas, que están concentrados, fundamentalmente, en la vertiente oriental de la isla. Salvo algunos ejemplos en toba roja, como los de Punta Salinas (Puntallana), Punta del Moro (Villa de Mazo) y Porís de Santo Domingo (Garafía), la inmensa mayoría de los conjuntos se realizaron sobre basalto. El tamaño de las piletas es enormemente variado, puesto que va desde apenas 5 centímetros de anchura y profundidad, a otras que pueden alcanzar los 2 metros. Respecto a su significado pocos datos podemos aportar aún, si bien no es nada descabellado suponer que están relacionadas con ritos de fertilidad y fecundidad en los que el agua está muy presente, ya que uno de sus condicionantes principales es que las “piletas” solo se encuentran en resaltes rocosos que son lavados y regados por el agua de mar (M.A. Perera Betancort, F.J. Pais Pais, M. Medina Medina, C.A. Abreu Díaz, A. Montelongo Franquiz, J. Farray Barreto, N. Álvarez Rodríguez, J. Rodríguez Rodríguez, P. Sermanier, N. de León Machín, M. Álvarez Pérez y O. Aparicio Batista, 2015: en prensa).

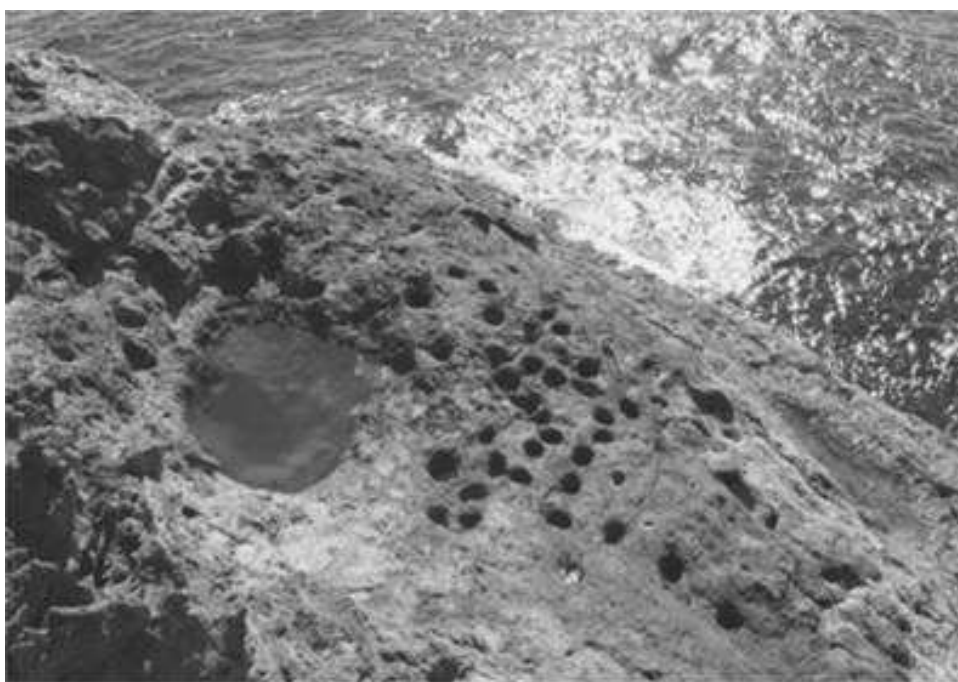


Fig. 20. Piletas marinas en Los Cancajos (Breña Baja).

Uno de los hallazgos arqueológicos más interesantes de los últimos tiempos en La Palma se corresponde con un yacimiento de canalillos y

cazoletas que, en realidad, es un mapa topográfico que representa a la antigua Benahoare. Se sitúa en la cara occidental de la Montaña de Braulio (Puntagorda) (Fig. 21). Esta manifestación rupestre está relacionada con ritos de magia simpática en el que se pedía a los dioses que les enviaran lluvias. Y es que si vertemos agua se va a extender progresivamente por los canalillos, que recuerdan líneas de isoyetas, hasta regar completamente todo el motivo (M. Pérez Gutiérrez, F.J. Pais Pais, M.A. Perera Betancort, A. César González-García, J. Cuenca Sanabria y J. A. Belmonte Avilés, en prensa).



Fig. 21. Canalillos y cazoletas que representan a Benahoare (Montaña de Braulio. Puntagorda).

Bibliografía

- ABREU GALINDO, J. (1977). *Historia de la conquista de las siete islas de Canaria*. Goya Ed., Santa Cruz de Tenerife.
- ESPINOSA, A. DE (1980). *Historia de Nuestra Señora de Candelaria*, Goya Ed., Santa Cruz de Tenerife.
- FERNÁNDEZ CASTRO, Y. (2004) Conservación en el primitivo cantón de Tegalate: área de una extraordinaria riqueza patrimonial. *Estudios Generales de la Isla de La Palma* 1: 117-142.
- GLAS, G. (1764). *A description of the Canary Islands*. London. [George Glas - Descripción de las Islas Canarias 1764, traducción de Constantino Aznar de Acevedo. Instituto de Estudios Canarios, La Laguna, Tenerife, 1976].

- GOMES DE SINTRA, D. (2002). *Descobrimento Primeiro da Guiné*. Edición crítica de Aires A. Nascimento, Edições Colibri.
- MARIN DE CUBAS, T.A. (1694). *Historia de las siete islas de Canaria*. [En Casañas, J., M. Régulo & J. Cuenca (eds), Real Sociedad Económica de Amigos del País, Las Palmas de Gran Canaria, 1986].
- MARTÍN RODRÍGUEZ, E. & F.J. PAIS PAIS (1996). Las manifestaciones rupestres de La Palma, pp. 299-359, en *Manifestaciones rupestres de las Islas Canarias*. Dirección General de Patrimonio Histórico, Viceconsejería de Cultura y Deportes, Gobierno de Canarias, Santa Cruz de Tenerife.
- PAIS PAIS, F.J. (1996). *La economía de producción en la prehistoria de la isla de La Palma: la ganadería*. Dirección General de Patrimonio Histórico, Gobierno de Canarias, Santa Cruz de Tenerife.
- PAIS PAIS, F.J. (1997). *El bando prehispánico de Tigalate-Mazo*. Tenerife.
- PAIS PAIS, F.J. (2006). Los benahoaritas y el agua: una cuestión de supervivencia, pp. 59-76, en “*La cultura del agua en La Palma*”, Consejería de Infraestructuras, Transporte y Viviendas. Dirección General de Aguas. Gobierno de Canarias.
- PAIS PAIS, F.J., N.J. PELLITERO LORENZO & C.A. ABREU DÍAZ (2007). Sistemas de aprovechamiento del agua entre los benahoaritas y su pervivencia en época histórica. Cuadernos CICOP, 12. La Laguna).
- PAIS PAIS, F.J. & A. TEJERA GASPAS (2010). *La religión de los benahoaritas*. Santa Cruz de La Palma.
- PERERA BETANCORT, M.A., F.J. PAIS PAIS, M. MEDINA MEDINA, C.A. ABREU DÍAZ, A. MONTELONGO FRANQUIZ, J. FARRAY BARRETO, N. ÁLVAREZ RODRÍGUEZ, J. RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, P. SERMANIER, N. DE LEÓN MACHÍN, M. ÁLVAREZ PÉREZ & O. APAICIO BATISTA (en prensa). Las cazoletas del mar benahoarita y maxie de Fuerteventura y Lanzarote. *Actas del XVI Jornadas de Fuerteventura y Lanzarote* (Puerto del Rosario), 2015.
- PÉREZ GUTIÉRREZ, M., F.J. PAIS PAIS, M.A. PERERA BETANCORT, A.C. GONZÁLEZ-GARCÍA, J. CUENCA SANABRIA & J.A. BELMONTE AVILÉS (en prensa). Astronomy and cartography in Benahoare: an orientated map of the Canary Island of La Palma in an ancient petroglyph. *Mediterranean Archaeology and Archeometry*.
- TORRIANI, L. (1959). *Descripción de las Islas Canarias*. Goya Ed., Santa Cruz de Tenerife.
- VERNEAU, R. (1891). *Cinq années de séjour aux Îles Canaries*. Paris [René Verneau - Cinco años de estancia en las Islas Canarias, traducción de J.A. Delgado Luis, La Orotava, 1981].